

hecho hombre, participantes de la divina naturaleza. ¡Oh cuánto esta idea supera á la primera! ¡Cuánto más grande y más noble aparece el hombre en su regeneración que en su creación! Cuando en mi primer discurso os hablé de la grandeza del hombre hecho á imagen de Dios, os decía con un ilustre orador: estended las alas de la fe, subid al cielo, subid más; atravesad por entre los ángeles y los querubines, dejad atrás á los serafines, y cuando descubrais un sér infinito, esencial y eterno, y el brillo de su gloria, que hace temblar á los ángeles, y el resplandor de su majestad, que les obliga á cubrir sus rostros con sus alas (1), os fuerce á deteneros, contempladle si podeis, y decidme ¿qué veis?—¡Ah! veo el original de quien soy imagen. Ahora os digo otra vez: iluminados con la luz que esparce la antorcha de la fe, encendida en vuestras almas por las revelaciones de San Pablo, fijad más la vista: ¿qué veis en ese trono de la eternidad?—¡Ah! veo á mi Dios.—¿Qué nombre tiene para vosotros? ¿Cómo le llamais?—¡Ah! es nuestro Padre. Sí, nuestro Padre, hermanos, porque somos hijos de Dios. ¡Qué grandeza! Hijos de Dios. Este es el milagro del amor, dice San Agustín (2). Ved con qué amor nos ha amado Dios, que no solo nos llamamos, sino que somos en verdad hijos suyos (3). A los que creen en Jesucristo les ha dado potestad de hacerse hijos de Dios, nacidos no de la carne y de la sangre, ni por voluntad de hombre, sino por voluntad, por adopción de Dios (4).

El Padre, que por su omnipotencia tiene la virtud

- (1) Isai. VI, 2.  
 (2) Omnia dona excedit hoc donum, ut Deus hominem vocet filium, et homo Deum nominet Patrem. (S. Aug., *Tract. 5 in Joann.*)  
 (3) I Joann. III, 1.  
 (4) Joann. I, 12, 13.

de producir cualquier efecto en la criatura, es el que adopta al hombre por hijo. De manera, dice Santo Tomás, que ya parece ser algo más que una criatura formada á imagen de Dios, puesto que nos hace tener una unión con él, semejante á la que por su carácter de hijo natural de Dios tiene Jesucristo (1). El Padre nos toma por hijos suyos, á imitación de su Hijo divino, que es el ejemplar de nuestra filiación, y el Espíritu Santo imprime en nosotros esta semejanza (2). Este carácter nos hace hermanos de Jesucristo, participantes de su divinidad, como engendrados en él y miembros de su cuerpo, de su carne y de todo él, según San Pablo (3); de modo que podemos decir: «Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (4).» Somos, en fin, admitidos á una unión estrecha, á una como consanguinidad con Dios, adquirida por nuestra naturaleza en la humanidad de nuestro Salvador, elevada al sér divino, lo cual hace exclamar á San Agustín: Tan excelsa y tan sublime es esta elevación de la humana naturaleza, que no puede llegar á mayor altura (5). El alma, revestida de la forma divina en el bautismo, dice San Cipriano, es más grande que cuanto de sublime encierra el mundo. Asociada y unida

(1) Per actum adoptionis communicatur similitudo naturalis filiationis hominibus. (*D. Thom.*, 3 p., q. 23, art. 1.) Filiatio adoptiva est quædam similitudo filiationis æternæ. Assimilatur autem homo splendore æterni Filii per gratiæ claritatem, quæ attribuitur Spiritui Sancto. Et ideo adoptatio, licet sit communis toti Trinitati, appropriatur tamen Patri ut auctori, Filio ut exemplari, Spiritui Sancto ut imprimenti in nobis hujus similitudinem exemplaris. (*Id. id.*, art. 3.)

(2) Tit. III, 5.

(3) Ephes. V, 30.

(4) Gal. II, 20.

(5) Ista naturæ humanæ tanta, et tam celsa, et tam summa subvectio est, ut quo attolleretur altius non haberet. (S. Aug., *de Prædest. Sanctor*, c. 15.)

á Jesucristo, y hecha hija de Dios con él, reina también con Jesucristo. Su púrpura es la sangre del Salvador que la cubre, y los ornamentos de su pontificado, son los méritos y las virtudes del Hombre-Dios que la viste con este traje divino.

Escuchemos siempre al Apóstol, que con tanta sublimidad nos descubre estos caracteres de nuestra filiación y de esta unión con Jesucristo. El primer hombre formado de la tierra era terreno (1). Hé aquí la vida que recibimos de Adán: esclavos de las pasiones, tierra como él, llevamos con fatiga el peso de la vida animal, que nos comunicó el primer padre. *Qualis terrenus, tales et terreni*. Como hijos del terreno, éramos tierra. Pero el segundo Adán viene del cielo. *Secundus homo de caelo, caelestis*. Viene del cielo para regenerarnos, para darnos una vida divina. *Qualis caelestis, tales et caelestes* (2). Es decir, así como por la filiación terrena la naturaleza de Adán y sus miserias vienen hasta nosotros, así por la filiación celeste, que existe entre nosotros y Jesucristo, recibimos una vida semejante á la suya. Llevando adelante su idea de hacernos comprender hasta donde nos es posible, las inestimables riquezas del misterio de nuestra regeneración, continúa el Apóstol: estamos arraigados é ingertados en Cristo (3). ¡Cuán admirable es esta frase! ¡Qué golpe de luz derrama sobre nuestra alma! Vosotros conocéis, Señores, la operación por la que en una rama de bastardo origen, una mano hábil ingiere otra buena, y le comunica con ello un principio de vida, una sávia superior que le quita su infecundidad ó su amargura nativa, y le da virtud y fuerza de produ-

(1) I Corinth. XV, 47.

(2) Id. id., 48.

(3) Coloss. II, 7.—Rom. XI.—Hebr. 11, 14.

cir hermoso y sazonado fruto. Pues esta es la imagen que San Pablo nos presenta para hacernos comprender nuestra elevación al orden sobrenatural. Estamos arraigados en Cristo, é ingertados de él. ¿Qué éramos nosotros por nuestro origen sino ramas bastardas de un tronco infecto, que produciámos fruto de muerte por el pecado, siendo incapaces de regenerarnos por nuestra esterilidad nativa? El bautismo nos arraiga en Jesucristo, nos da una sávia divina, nos viste de Cristo, nos hace participantes de su naturaleza, principio de criatura y sustancia suya (1).

Seguid adelante la comparación. La rama ingertada necesita quien la cuide, necesita alimento, necesita que se la despoje de los brotes que produce en lo viejo la sávia antigua. Todo se verifica en nosotros para que se consume la obra de la regeneración, á fin de que vivamos de la vida divina, y seamos conformes á la imagen del Adán celestial, que debemos llevar en nosotros, así como llevamos la imagen del Adán terreno (2). Participantes de Jesucristo en el bautismo, y hechos principio de sustancia suya, recibimos un carácter que no perdemos jamás. El Espíritu de Dios viene luego á robustecernos en el Sacramento de la Confirmación. Si el cuerpo de pecado, si la concupiscencia que forma nuestra raíz, y no nos fué quitada en el bautismo, como no desaparece el tronco de la rama que se ingerta, hace brotar en nosotros renuevos de amarga sávia para robarnos la vida divina de la gracia, la penitencia corta esos renuevos de muerte; y cuando necesitamos de alimento proporcionado á la vida que adquirimos renaciendo en el

(1) Gal. III, 27; Hebr. III, 14; Jacob. I, 18.

(2) I Corinth. XI, 49.

bautismo, lo encontramos en la Sagrada Eucaristía. ¡Qué grandeza! exclama el sábio Contenson: «Reconoce, oh cristiano, tu dignidad. Ser hijo de Dios es ser participante de su divina naturaleza, sello de su semejanza, imágen del Padre, participacion del Hijo, expresion del Espíritu Santo; y si todo hijo, como dice Nicetas, es una razon tácita y una definicion de su padre (1), siendo así que la definicion se convierte en el definido y es su explicacion, el cristiano puede llamarse un Dios abreviado (2).» Tal es el efecto de la regeneracion del hombre; tal y tan sublime la grandeza á que se eleva por la fe y por la gracia de Jesucristo.

No es este, sin embargo, el término á que quiere conducirnos, hermanos míos. Con esto no somos, segun San Pablo, sino principio de su sustancia (3), principio de nueva criatura (4), por la sávia divina que en su Encarnacion ha comunicado el Hijo de Dios á la naturaleza humana, y que por el bautismo se inoculara en cada uno de nosotros. Somos participantes de Cristo, llamados á crecer hasta la plenitud de varones perfectos (5), elevándonos de virtud en virtud hasta que seamos en todo conformes á la imágen del primogénito de los predestinados. Cuando llegamos á esta altura, se consuma la obra de nuestra renovacion, y nos transfiguramos, apareciendo rodeados y vestidos de la gloria de Cristo. Dos

(1) Nicetas in orat. 42 Nazianz.

(2) Attende, christiane, et agnosce dignitatem tuam. Filius Dei es, divinæ consors naturæ, signaculum similitudinis, imago Patris, participatio Verbi, expressio Spiritus Sancti. Omnis filius, patris sui tacita ratio et definitio est. Ergo si definitio cum definito convertatur, nihil aliud christianus erit, quam Deus abbreviatus. (Contenson. *Theolog. ment. et*

veces, dice Santo Tomás de Villanueva, se transfiguró el Hijo de Dios: la primera ocultando su divinidad y haciéndose hombre para que el hombre se hiciese Dios; la segunda en el Tabor, dejando vislumbrar la gloria de su humanidad, para hacernos concebir la idea de la que nos prepara á nosotros, si nos hacemos semejantes á él, y merecemos el título de hijos amados del Eterno Padre (1). Esta gloria la recibimos al consumir nuestra carrera sobre la tierra, al entrar en el reino de Dios, y de una manera completa en el último de los días, cuando el Hijo de Dios, en quien se reunen y subsisten todas las cosas por su humanidad y su divinidad (2), las entregue todas al Padre, para que sea todo en todas ellas (3), cumpliéndose su eterno designio de unir á sí todas sus obras. Entonces, dice San Pablo, no solo en el alma, sino tambien en el cuerpo aparecerá nuestra gloria, porque este cuerpo que recibió la semilla de la inmortalidad, se levantará del sepulcro y será reformado por Jesucristo, haciéndole conforme á la claridad de su mismo cuerpo (4), á la claridad que hizo contemplar á sus discípulos en el Tabor, para afirmarlos en la esperanza de ese término glorioso; á la claridad con que brilló resucitado para dar en sí mismo una muestra del feliz resultado de sus sacrificios.

Hé ahí, Señores, á la humanidad elevada hasta Dios. Hé ahí lo que Dios se propuso al criar al hombre á imá-

(1) Transfiguratus est ut animaret ad tolerandas sæculi passiones, ostenso præmio.... Nota aliam transfigurationem in monte Sanctuarii, et altiorem in utero Virginis, quando Verbum factum est caro.... Deus in hominem, non homo in Deum transfigurari debet, ut postea per gratiam

gen y semejanza suya, lo que se propuso al regenerarle á imagen de su Hijo, y de la union de este con la naturaleza humana: hé ahí, en fin, á dónde quiere conducirnos Jesucristo. Por ello, dice San Juan Crisóstomo, el Verbo se revistió de nuestra carne, no para dejarla con el tiempo, sino para morar en ella eternamente. De otro modo no la hubiera hecho el honor de colocarla en su divino trono, no la hubiera propuesto á la adoracion de toda la milicia celestial de ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, príncipes y potestades. ¿Qué génio, continúa, qué lengua será capaz de ponderar como merece este honor tan grande? No: ni un ángel, ni un arcángel, ni criatura alguna terrestre ó celestial podrá jamás llegar á tanto. El honor que hizo el Verbo Eterno á nuestra naturaleza es tan superior á nuestras ideas, que para expresarlo no nos queda más que el silencio y la admiracion (1). Y este honor no solo le recibe en la persona de Jesucristo, sino que quiere extenderlo en proporcion á sus méritos á cada uno de nosotros, hechos por el bautismo participantes de la divina naturaleza, como el Verbo se hizo por la Encarnacion participante de la nuestra, aunque de una manera más admirable, para que como hermanos suyos seamos sus coherederos en la gloria del Padre.

(1) *Carnem nostram induit, non ut rursus dimitteret, sed omni cum ea tempore habiturus: aliter enim non eam throno regio fecisset dignam, nec ea indutus a superno omni angelorum, archangelorum, thronorum, dominationum, principatum et potestatum exercitu adoraretur. Quæ ratio, quæ mens, quantum honorem humano generi Deus exhibuit, mirificum profecto et admirandum explicare potuerit? Quis angelus? Quis archangelus? Nihil quod in cælis, nihil quod in terra. Ejusmodi Dei nostri beneficia sunt tam magna, tam excellentia, ut non solum mortalem linguam, sed et angelorum virtutem eorum exuperet explanatio. (S. Joann. Chris., Hom. 10 in Joann., c. 1.)*

Más para llegar á este término, hermanos míos, es necesario merecerlo: es preciso permanecer unidos á Jesucristo por la fe y por la caridad, viviendo de su misma vida y gobernándose por su espíritu (1). Solo así se cumplirán en nosotros las palabras del Hijo de Dios en su oracion al Padre despues de la última cena: «Yo les he dado la gloria que me dísteis para que sean uno, como nosotros somos una misma cosa. Yo en ellos y vos en mí, á fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que vos me habeis enviado, y que los habeis amado como tambien me amásteis á mí.» (2) Es preciso aceptar la prueba y abrazar el sacrificio como Jesucristo. Solo de este modo seremos participantes de su gloria (3), que Dios quiere concedernos como corona de justicia (4).

¿Qué doctrina hay, Señores, semejante á esta, que así ennoblece al hombre y tiende á elevarle á la union perfecta y eterna con el mismo Dios? ¿Qué son á su lado los vanos conceptos y las fantásticas ideas de los filósofos de todos los tiempos, que aislan al hombre y no le ofrecen nada que sea superior á sus propias miserias, nada que prolongue sus esperanzas más allá del sepulcro, nada que exceda del engañoso sueño del orgullo, ó de la momentánea embriaguez de la sensualidad? Por ello los pueblos han creído al amor que Dios nos tiene (5), y han dicho con San Pablo: «Sin duda es grande á todas luces este misterio de amor, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu,

(1) Rom. VIII, 9.

(2) Joann. XVII, 22, 23.

(3) Rom. VIII, 17.

(4) II Timoth. IV, 8.

(5) I Joann. IV, 6.

visto de los ángeles, predicado á las naciones, creído en el mundo y recibido en gloria (1). «Por ello esta doctrina se apodera del mundo, y alimentados con ella, el hombre y el niño, la virgen y el anciano, el soldado y el rey, llegaron y llegan al heroísmo de la fortaleza y de la virtud, que ni siquiera soñaron los antiguos inventores de falsos dioses, ni los modernos divinizadores de la idea y de las pasiones. Ella sola ha hecho Santos, ella sola ha regenerado al mundo, ha dado inspiración al génio, ha impreso un sello divino á todas las cosas; acreditándose con esto que no es una doctrina especulativa, un sistema de ideas abstractas como las de los filósofos, de quienes sarcásticamente decia Voltaire, que ni han podido influir en las costumbres de la calle en que vivian; sino que es una doctrina viva, eficaz, como palabra de Dios y obra suya, que en todo lugar y en todo siglo ha producido los efectos que Dios se propuso, de engrandecer al hombre, regenerarle, elevarle á un órden divino, hacerle como Dios.

Sigamos pues, hermanos, el camino que nos traza esa doctrina que ha formado á los héroes de la caridad, á los grandes hombres de la verdadera ciencia, á los Santos de toda edad y condicion. Somos hijos de esos Santos, y esperamos la vida eterna que ellos alcanzaron, la vida que Dios promete á los que no mudan su fe y permanecen unidos á él por la caridad (2). En esa fe hemos sido criados, esa esperanza se nos infunde desde el principio de nuestra vida, esa caridad ha difundido Dios en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado (3). No nos dejemos seducir y engañar por la

(1) I Timoth. III, 16.

(2) Tob. II, 18.

(3) Rom. V, 5.

filosofía y vanos sofismas, segun las tradiciones de los hombres, segun los principios de una ciencia mundana, y no segun Jesucristo (1).

Nuestro Padre es Dios, Jesucristo nuestro hermano, el cielo nuestro destino: nuestra luz y nuestra ciencia ha de ser la de Dios, nuestro modelo y nuestra guía Jesucristo, nuestra ambición y nuestra esperanza el cielo. «Reniegue si quiere, os diré con Lammenais (2), reniegue el impío desde el fondo de sus tinieblas á aquel que le ha rescatado: renuncie enhorabuena á la vida, y adórese á sí mismo.» Nosotros, apremiados por el amor de Cristo (3), despojados del hombre viejo para vestirnos del nuevo, criados segun Dios en santidad y en justicia de verdad (4), y postrados ante el tabernáculo santo, adoraremos á nuestro libertador, á nuestro pontífice, á nuestro hermano, á nuestro Padre, á nuestro Dios, y repetiremos en la efusión de nuestro amor el cántico con que los bienaventurados llenan el cielo: «Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y la virtud, porque has criado todas las cosas (5), porque te has sacrificado, y con tu sangre nos has redimido de toda tribu, de toda lengua, y pueblo, y nacion, y nos has hecho reino para Dios, y reinaremos (6). Digno es el Cordero que fué sacrificado, de recibir la virtud, el poder, la divinidad, la fortaleza, la sabiduría, el honor, y la gloria y la bendición. Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición, honor y gloria por los siglos de los siglos (7).»

(1) Coloss. II, 8.

(2) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, c. 35.

(3) II Corinth. V, 4.

(4) Coloss. III, 9.

(5) Apoc. III, 11.

(6) Id. IV, 9.

(7) Id. id., 13.